

rriendo hasta la puerta de Florencia, y gritar por el ojo de la cerradura: « Ahogado, ¿no es verdad? » Y después, bajando la escalera, quiso entonar de nuevo su balada de la « Adorable Margarita ». Pero no pudo sacar la voz de su garganta. Y así, resueltamente se acostó. Y aquella noche tuvo una pesadilla inquietante; soñó que el viejo Sol Gills se había casado con *místress Mac-Stinger* y que aquella mujer le tenía encerrado secretamente en un cuarto sometido á escasisima ración de vituallas.

## CAPÍTULO L

## LAMENTACIONES DE MÍSTER TOOTS

En el piso alto de la casa del guardia marina de madera había un cuarto inhabitado que en otros tiempos fué cuarto de dormir de Wálter. La mañana siguiente á los acontecimientos que acabamos de referir, Wálter despertó al capitán muy temprano y le propuso arreglar aquella habitación inhabitada, poniendo en ella algunos muebles, los más adecuados que se pudieran subir del comedor, de modo que resultase un gabinetito para uso de Florencia. Como no había nada más agradable para el capitán Cuttle que sofocarse y agotar sus fuerzas con un motivo tan plausible, en un par de horas hizo el necesario transbordo, dejando convertido el desván en un camarote bastante confortable. La fragata *Tártara* presidia la instalación desde la pared, colgada encima de la chimenea; y tan encantado quedó el capitán Cuttle, que durante media hora no hizo otra cosa que contemplar su obra, admirado.

En vano trató Wálter de persuadir al capitán á que se guardara su reloj, ni á que recogiese la caja de hoja de lata, ni á que pusiera mano en las tenacillas del azúcar ó en las cucharillas de te. « No, no, mu-

chacho », contestaba siempre el capitán; « te he hecho ese regalito conjuntamente ». Y decía esto de una manera seria, como si aquellas palabras correspondiesen á una fórmula intangible lo mismo que una acta del Parlamento, no habiendo modo alguno de dejar sin efecto tan solemne trasmisión de dominio.

Del arreglo del cuarto vino á resultar una ventaja, la de que Florencia pudo vivir más retirada. El guardia marina reintegró su antiguo puesto de observación y ya no hubo dificultad para volver á abrir la tienda. Esta apertura, aunque parecía sin importancia para el despreocupado capitán, no era superflua en efecto; el cierre de la tienda había llamado poderosamente la atención de todo el vecindario; nadie se lo explicaba, y no faltaba nunca gente parada en la acera comentando aquel extraño acontecimiento. Parecía imposible que tanto número de desocupados se interesara por lo que hubiera podido acontecer al capitán; los unos, sin preocuparse del lodo que pisaban y de la humedad que cogían, se estaban clavados en su sitio mirando con la boca abierta; otros investigaban por entre los hierros de la ventana de la cueva, con la maligna esperanza de distinguir, allá en las sombras, el cadáver del capitán colgado del pescuezo. Los mejor intencionados decían que no, que no se había ahorcado, que sin duda lo habrían asesinado á martillazos al pie de la escalera. De modo que, cuando al día siguiente volvióse á abrir la tienda, aquello fué una decepción, hasta para el comisario del barrio, hombre de ambicioso carácter y que esperaba haberse lucido haciendo abrir una brecha en la tienda para averiguar lo que en ella pasaba, sin perjuicio de ir luego de gran uniforme á declarar ante el juzgado.

Contrariado al encontrar la puerta abierta, no pudo menos de decir á un vecino, en la esquina, que aquel hombre del sombrero de hule haría bien en dejarse ver allá dentro — sin explicarse más sobre los motivos, pero añadiendo que él, comisario, se encargaba de no quitarle ojo en lo sucesivo.

— Capitán Cuttle — dijo Wálter con aire pensativo hallándose á la puerta de la tienda y mirando su antigua y familiar calle, — continuamos sin noticias de tío Sol...

— Sin noticias, querido — contestó el capitán moviendo negativamente la cabeza.

— ¡Ha ido en mi busca el buen anciano! — dijo Wálter. — ¡Y no le ha escrito á usted nunca! ¿Por qué no escribir? Lo que en este papel dejó dicho — añadió Wálter sacando del bolsillo el papel leído, como ya vimos en su día, por el capitán Cuttle en presencia de Bunsby — es que si no hubiéramos sabido nada de él antes de la apertura del testamento, querría decir que estaba muerto. Pero, en fin, en alguna parte habría muerto; es seguro que hubiera recibido usted noticia de alguien diciéndole que mister Solomón Gills había fallecido tal día, en tal sitio...

Nunca se le habían ocurrido estas cosas tan evidentes al capitán; de modo que se quedó impresionadísimo por el razonamiento. Movi6 la cabeza, y contestó:

— Bien dicho, muchacho; muy bien dicho.

— He pensado esto — dijo Wálter — durante una larga noche en que no he podido dormir. No puedo menos de creer, capitán Cuttle, que mi tío Sol (Dios le bendiga) vive y va á venir pronto. No me extraña su marcha, porque, sin contar con su inclinación á lo

maravilloso y con lo mucho que me ha querido siempre, como el más bueno de los padres, sin contar con estas consideraciones yo le he oído hablar muchas veces de personas que, habiendo tenido próximos parientes en el mar y temiendo que hubieran perecido en algún naufragio, se fueron en su busca á recorrer las costas por donde pudieran tenerse noticias de la nave perdida, siguiendo, en una palabra, el mismo rumbo que ésta. Me parece que yo hubiera hecho lo mismo. Lo que no comprendo es que mi tío no le haya escrito á usted nada.

El capitán observó en este punto que el mismo Jack Bunsby no había comprendido tampoco, y eso que era hombre capaz de dar una opinión firme en cualquiera materia.

— Si se tratara de un jovenzuelo — prosiguió Wálter — capaz de dejarse llevar á cualquier taberna donde con facilidad le hubieran desvalijado y asesinado, ó si se tratara de algún atolondrado marinero que hubiese desembarcado con la paga de dos ó tres meses en el bolsillo, me explicaría su desaparición y que no apareciesen trazas de ella. Pero tal como era y como es — así lo espero — no puedo entender ésto.

— Wálter, muchacho — inquirió el capitán mirando á su interlocutor con intención grandísima, — ¿qué opinión es la tuya?

— Capitán Cuttle — contestó Wálter, — yo no sé lo que pasa; pero á mi parecer ha escrito. ¿No le parece á usted también?

— Muchacho — contestó el capitán con argumentación decisiva, — si Sol ha escrito, ¿dónde está su carta?

— Acaso la confiaría á alguien — dijo Wálter —

que descuidaría el envío, que la echaría á algún rincón ó que la perdería; esto es lo que me parece más probable. En fin, capitán Cuttle, no puedo resignarme á la idea de que se haya muerto mi tío, no puedo.

— Esperanza, eso es, Wálter. Esperanza — observó el capitán sabiamente. — Así es como uno se anima. La esperanza es, como lo dice Warbler, una boya; abre el libro, capítulo del sentimiento, y allí hallarás la cita. Una boya flotante, pero que no se puede gobernar. Pendiente de la boya hay una ánora; mas, ¿para qué puede servir esta ánora si no halla fondo donde agarrarse?

Todo esto lo dijo el capitán en el tono de un honorable comerciante, de un burgués que trata de lucir su saber ante un inexperienced joven. Sin embargo, parecía como si su cara se iluminase con el resplandor de esperanza que Wálter despedía. Así concluyó su peroración, dando á Wálter unas palmaditas en el hombro y diciéndole con entusiasmo:

— ¡Hurra! muchacho... Individualmente yo también soy de tu opinión.

Wálter correspondió á la salutación con risa alegre y dijo:

— Ahora una palabra nada más, capitán Cuttle, á propósito de mi tío. Me parece imposible que haya escrito por la vía ordinaria — por la posta, por buque correo, ¿comprende usted?

— Si, si, muchacho — contestó el capitán aprobando aquel parecer.

— Pero de cualquier manera han debido llegar á usted las cartas.

— ¡Cómo, Wálter! — exclamó el capitán mirando á su joven interlocutor con expresión de severo re-

proche. — ¿Acaso no he estado vigilante, día y noche, por saber algo de ese hombre de ciencia, de Sol Gills, tu tío? ¿No ha estado mi corazón inquieto, tanto por Sol como por ti? ¡De pie ó acostado no he desertado de mi puesto, y no lo hubiera hecho de vergüenza, mientras siguiera en su lugar nuestro guardia marina!

— Sí, capitán Cuttle — repuso Wálter cogiéndole la mano. — Ya lo sé, y también sé de qué manera es usted sincero en lo que dice. Estoy seguro de ello. No tengo duda, como no la tengo de que esta mano es la de un leal amigo. No lo puedo dudar, ¿verdad?

— No, no, Wálter — repuso el capitán sonrojado.

— No aventuraré más conjeturas — dijo Wálter estrechando la mano del capitán, quien correspondió con efusión. — Únicamente añadiré que no tocaré, Dios me libre, á la propiedad de mi tío. Todo lo que ha dejado aquí seguirá confiado al mejor de los hombres — y si este hombre no se llama Cuttle, no tiene nombre. Y ahora, mi excelente amigo, vengamos... á miss Dombey.

Al pronunciar estas palabras cambió completamente Wálter; quedóse como si toda su alegría y confianza le hubieran abandonado de pronto.

— Anoche, cuando me interrumpió miss Dombey al nombrar á su padre, ¿se acuerda usted?

El capitán dijo que sí moviendo la cabeza.

— Pues bien — continuó Wálter; — antes de esto había pensado yo que teníamos un deber que cumplir, penoso pero ineludible, y es el de persuadirla á comunicar con su familia y á regresar al lado de su padre.

El capitán iba sin duda á pronunciar un « ¡largo! » un « ¡firme! » ó alguna otra palabra marina, pero se

le quedó la voz entre dientes, de modo que no se le pudo entender ni una sola sílaba.

— Pero ahora — prosiguió Wálter — ya es otra cuestión; no podemos pensar en eso; antes preferiría yo volver á verme asido á la tabla de mis ensueños en que tanto me he sostenido desde mi salvamento; antes preferiría irme á pique con ella, morir entre las olas.

— ¡Hurra, muchacho! — exclamó el capitán con satisfacción inenarrable. — ¡Hurra, hurra, hurra!

— ¡Pensar que siendo tan buena como es, tan joven, tan hermosa — dijo Wálter, — tan delicada, va á encontrarse en la necesidad de vivir en una esfera tan distinta de aquella en que ha sido criada! Pero ya conocemos el abismo que la separa de sus parientes, de su hogar desgraciado, nadie mejor que ella puede apreciar la magnitud de este precipicio; no hay regreso posible.

El capitán no comprendía gran cosa, es verdad; pero no por esto dejó de expresar su aprobación diciendo que el viento era contrario.

— No conviene que siga sola aquí, ¿no es cierto? — dijo Wálter inquieto.

— Sí, es cierto, muchacho — contestó el capitán mirando maliciosamente á Wálter. — No conviene que siga sola. Puedes venir á acompañarla, si te parece, conjuntamente.

— ¡Capitán, por Dios! — exclamó Wálter. — ¿Cómo quiere usted que venga yo aquí para acompañar á miss Dombey? Que ella, en su inocente corazón, me llame su hermano, bien está; pero no me puedo permitir ninguna familiaridad haciendo uso de ese carácter, me lo veda el honor.

— Pero, vamos á ver, muchacho — repuso el capi-

tán como rehaciéndose de su vencimiento. — ¿Es que no hay otro carácter más que ese?

— ¡Oh! no querrá usted que pierda la estimación de miss Dombey, que haga caer sobre su rostro un velo de vergüenza, que abuse de las circunstancias que la han traído á buscar aquí su refugio, que me prevenga de verla sin protección y tan confiada para esforzarme en la consecución de su amor. ¡Qué digo! No hay en el mundo nadie más opuesto á tal cosa que usted mismo.

— Wálter, muchacho — contestó el capitán cada vez más decaído, — á menos de que exista alguna justa causa de impedimento para que dos personas se unan en vínculo matrimonial, como puedes leerlo, si es necesario, y tomar nota, me creo en condiciones de autorizar vuestros esponsales lo mismo que si se hubiesen publicado las amonestaciones. Aquí tienes otro carácter, me parece.

Wálter agitó vivamente la mano negativamente.

— Está bien — murmuró el capitán en voz baja. — En este caso te declaro que no queda en pie nada de lo que me había propuesto. En cuanto á la lady joven pienso lo mismo que tú, Wálter; el respeto y la sumisión constituyen artículos míos; yo sigo tu camino, muchacho, y siento exactamente como tú. De modo que no hay otro carácter.

Con esto se quedó el capitán triste, como contemplando las ruinas de su derribado castillo.

— Ahora, capitán Cuttle — dijo Wálter pasando á otro asunto más agradable para su interlocutor (aunque era inútil, pues se encontraba hartamente apesadumbrado); — ahora creo que deberíamos buscar alguna buena acompañante para el servicio de miss Dombey que sea de toda confianza. Por supuesto sin dirigirnos

á su familia, pues no tendría confianza miss Dombey en nadie de la dependencia de su padre. ¿Qué ha sido de Susana?

— ¿Aquella joven? — repuso el capitán. — Estoy seguro de que la despidieron contra la voluntad de Delicias del Corazón. Ya pregunté por ella á nuestra lady, cuando vino, y me dijo que Susana se había marchado hacía tiempo.

— En este caso — dijo Wálter, — ¿quiere usted preguntar á miss Dombey á dónde se marchó Susana? La buscaremos. Pero va entrando de lleno la mañana y ya no puede tardar miss Dombey en levantarse. Suba usted á ver si necesita algo y yo me encargo de lo que aquí sea necesario.

El capitán, muy cariacontecido, no contestó á Wálter más que con un suspiro, encaminándose á cumplir el encargo. Florencia estaba sumamente contenta de su habitación nueva, deseosa de ver á Wálter y alegróse mucho del proyecto de llamar á Susana. Por desgracia no sabía Florencia, respecto á la residencia de su antigua doncella, sino que había ido á un lugar del condado de Essex. A su parecer únicamente mister Toots podía informar sobre este punto.

Con estas noticias volvió el melancólico capitán á Wálter, y le dijo que este era el joven á quien había encontrado en la puerta, un verdadero amigo, caballero muy rico y adorador sin esperanza de miss Dombey. Refirió el capitán de qué modo había hecho conocimiento con mister Toots y en qué términos estaban entendidos para no hablar del tema amoroso.

La cuestión estaba en saber si Florencia tenía confianza en mister Toots. A lo que sonriente Florencia contestó: « ¡Oh, sí! ¡De todo corazón! » De modo que lo importante venía á ser el averiguar

dónde vivía Toots. Florencia lo ignoraba; el capitán lo había olvidado. Pero opinaba el capitán que no tardaría Toots en hacer alguna visita. Y, en efecto, estaba diciendo esto, cuando el propio Toots entró en la tienda.

— Capitán Gills — dijo el joven entrando en el comedor sin ceremonia, — me hallo en un estado de ánimo limitrofe al de la enajenación mental.

Mister Toots descargó estas palabras lo mismo que un mortero y sin advertir la presencia de Wálter; pero no tardó en verle, riéndose entonces de una manera amarga, indescriptible.

— Dispense usted — le dijo Toots asiéndose la cabeza con las manos, — se me parte el cerebro; si en el caso en que me encuentro tratara de observar cortesías, sería una burla. Capitán Gills, ruego á usted me oiga en conversación reservada.

— Perfectamente, hermano — contestó el capitán cogiéndole del brazo, — usted es el hombre por quien estábamos de vigia.

— ¡Oh, capitán Gills! — exclamó Toots. — ¡De vigia por mí! Figúrese usted que ni para afeitarme he tenido ánimo, que ni me he cepillado la ropa. Tengo enredado el pelo. ¡He dicho al Pollo que si intentaba limpiarme las botas se contara por muerto!

Todas las indicaciones que el rostro del joven presentaba concordaban con lo desordenado y borrascoso de su ánimo.

— Vea usted aquí, hermano — dijo el capitán Cuttle, — este señor es Wálter, el sobrino de Solomón Gills, el que creíamos que se había muerto en el mar.

Toots separó las manos de la frente, levantó la cabeza y se quedó mirando á Wálter.

— ¡Válgame Dios! — exclamó Toots. — ¡Qué complicación para mi desdicha! ¿Cómo está usted? Pu... pu... puede que se haya usted mojado mucho, capitán Gills. ¿Quiere usted hacerme el favor de oírme una palabra en la tienda?

Cogió al capitán por un faldón de la casaca, y al oído, saliendo de la tienda, le dijo:

— ¿De éste es de quien hablaba usted al decir que miss Dombey y él estaban hechos el uno para el otro?

— Sí, muchacho, sí — contestó el desconsolado capitán; — esa observación tengo hecha.

— ¡Y en qué momento! — exclamó Toots volviendo á llevarse la mano á la cabeza. — Esto sólo faltaba, un aborrecido rival. Es decir, no; no es un rival aborrecido — añadió Toots retirando la mano de la cabeza. — ¿Por qué he de aborrecerle? Si mi cariño realmente es desinteresado, esta es la ocasión de demostrarlo.

Mister Toots se volvió atrás, entró bruscamente en la trastienda y, dirigiéndose á Wálter, le cogió la mano diciéndole:

— ¿Cómo está usted? Espero que no habrá cogido usted un enfriamiento. Me alegraría mucho relacionarme con usted. Ojalá tenga usted otros días tan felices como éste. Palabra de honor — añadió Toots acalorándose en la expresión á medida que iba enterándose mejor de la fisonomía de Wálter, — tengo infinito gusto en verle.

— Muchas gracias, cordialmente gracias — dijo Wálter. — No pudiera desear más espontánea y grata bienvenida.

— ¿De veras? — repuso mister Toots sacudiendo la mano de Wálter. — Es usted muy amable. Le

quedo sumamente obligado. ¿Cómo está usted? Espero que habrá dejado usted á todos buenos en... es decir... en fin, allá en el sitio de donde viene usted; ya usted sabe.

A este buen deseo, y á estas mejores intenciones, contestó noblemente Wálter.

— Capitán Gills — dijo Toots, — quiero mantenerme estrictamente en lo convenido; pero confío en que ahora me permitirá usted una alusión á cierto asunto que...

— Si, si, muchacho — contestó el capitán; — libremente, libremente.

— Pues bien, capitán Gills — añadió Toots — y teniente Wálter, ¿saben ustedes lo que ha ocurrido en casa de mister Dombey? Cosas horrendas. Miss Dombey ha tenido que huir de su padre, el cual, en mi concepto, es una bestia; no cabe lisonjearle comparándole con un mármol ó con un ave de rapiña — esto lo dijo Toots agitadísimo. — Y no se sabe dónde está miss Dombey; no lo ha podido averiguar nadie.

— ¿Me será lícito preguntar á usted cómo ha sabido eso? — dijo Wálter.

— Teniente Wálter — contestó Toots, que calificaba á Wálter de teniente por un razonamiento suyo peculiar; probablemente á causa de su nombre, que le parecía de marino y de su relación con el capitán; un grado inferior á éste resultaba teniente. — Teniente Wálter, no hay motivo para que deje de dar á usted una contestación sin rodeos. Es el caso que todo lo concerniente á miss Dombey me inspira el mayor interés — y no por motivos egoistas, pues estoy seguro de que la cosa más agradable para mí y para otros, que pudiera hacer yo, sería la de poner término á mi existencia. — Digo que todo lo concer-

niente á miss Dombey me inspira el mayor interés. Así, tengo la costumbre de dar algo, de vez en cuando, á un criado de su casa, un respetable joven que se llama Towlinson y que se halla al servicio de la familia desde hace mucho tiempo. Pues bien, Towlinson me ha informado ayer tarde de semejante estado de cosas. Desde entonces, capitán Gills — y teniente Wálter, — estoy desesperado; he pasado toda la noche en un sofá, tal como ustedes están viendo.

— Señor Toots — dijo Wálter, — tengo mucho gusto en tranquilizarle. Cálmese. Miss Dombey se halla sana y salva.

Al oír esto dió Toots un salto de la silla, fué á Wálter, le cogió de las manos y le dijo :

— ¡ Ah! mi satisfacción es tan grande, tan inexplicable, que si ahora me dijera usted que acababa de casarse miss Dombey, me sonreiría. Sí, capitán Gills — añadió Toots dirigiéndose á Cuttle, — digo exactamente la verdad; aunque luego perdiera todo lo que en este momento gano, ahora me sonreiría, tan grande es mi satisfacción.

— Mayor será la satisfacción, sin duda, en un ánimo tan generoso como el suyo — dijo Wálter, — al saber que puede prestar algún servicio á miss Dombey. Capitán Cuttle, ¿quiere usted hacer el favor de subir con el señor Toots?

El capitán hizo señas á mister Toots, el cual le siguió con desconcertado continente. Llegados al piso alto, sin más palabras y sin preparación alguna, el capitán introdujo á Toots en el gabinete de Florencia.

El pobre Toots se emocionó de tal manera, que incurrió en mil extravagancias inconscientes; fué á